

COLEGIO "SAN JUAN BOSCO"	Servicio de Orientación
DOCUMENTOS PARA LA REFLEXIÓN EN FAMILIA	
PISTAS PARA ACERTAR	
<i>(Pista nº 76, Mayo 2025)</i>	
Ellos nos dan las respuestas	

No son pocas las ocasiones en las que, a impulsos de las preocupaciones y de los agobios, nos preguntamos si nuestras vidas llegan a tener algún sentido. Apabullados, como declaran sentirse muchas personas y grupos, por su forma de vivir y de relacionarse, por las expectativas creadas (desde dentro o desde fuera de uno mismo) y por la zozobra que les contagia el malestar general del mundo al que tienen acceso por las noticias, no es infrecuente que muchos se sientan abatidos y, muchas veces, casi sin fuerzas para arrancar un nuevo día.

Curiosamente ni el mono más entrenado ni el crustáceo más insignificante se lo cuestionan. Tampoco, por lo que tenemos entendido, esas supermáquinas de inteligencia artificial que cada vez parecen ir acaparando, lo queramos o no, más espacio en nuestra cotidianeidad. Tampoco ellas.

Y quizá ésa sea, entre otras, una característica que nos hace seres únicos, diferentes a todo y a todos. Por cierto que, en ese interrogante que nos planteamos a nosotros mismos, en esa encrucijada que, ocasionalmente, se nos suscita, podemos encontrar también la respuesta misma: **por supuesto que sí.**

Por supuesto que sí merece la pena aunque no seamos lo que soñamos un día ser. Aunque no tengamos lo que siempre hemos querido tener. Aunque los números rojos y los reveses de salud abunden más que los hechos favorables y se encadenen las penas con las decepciones, y las pérdidas de seres queridos con los olvidos de quienes creíamos que estaban en "nuestro" mismo equipo. Aun así.

Y si no vemos solamente para dentro de nosotros sino que abrimos la mirada a quienes dependen de nosotros y nos quieren, a quienes queremos y por los que, a veces, nos desesperamos, esto es, a nuestros hijos, entonces, más aún. En ellos reside, precisamente, la mejor elección a todos nuestros dilemas.

Ocurre algo así como le sucede a la mujer embarazada: es en sí misma donde se encierra el origen de sus inquietudes y, al tiempo, la serenidad para las mismas. El ser que alberga provoca miedo y a la vez conforta; sentir vida se convierte en intensidad y freno, sucesivamente, para excitar todas las ansias pero también para conciliar todos los consuelos.

Tan dados como somos a predicar la necesidad de mirar más allá de uno mismo, resulta paradójico que nos cueste tanto, a la hora de establecer la altura de la “riada” de los inconvenientes de nuestras vidas, el echar un ojo a lo que tenemos alrededor, por muy natural y “humano” que resulte protestar y maldecir por cualquiera de nuestros infortunios.

Y, sin embargo, relativizar algunas percepciones, puede ser una terapia necesaria para no seguir bajando el umbral desde el que acaban estallando muchas de nuestras desesperaciones.

¡Claro que fue una contrariedad estar un día sin luz y tener que comer frío! Pero, ¿se cayó en la cuenta (mientras proliferaban los memes, las teorías apocalípticas y las críticas a las autoridades) de que muchos millones de seres, nacidos de mujer como nosotros mismos y no extraterrestres aterrizados desde otras civilizaciones, se enfrentan cada día no ya a la falta de luz y carencia de comida caliente sino, pura y llanamente, al cobijo más básico, a cualquier fuente de energía y a la mera subsistencia alimenticia? La habilidad para inocular la neurosis en todas las capas de la sociedad occidental en los tiempos modernos, debería encontrar la resistencia del conocimiento, la experiencia y la convicción de que contra la adversidad se puede. Y se puede, más y mejor aún si esa resistencia se manifiesta también de modo colectivo.

Con nuestros hijos ocurre tres cuartos de lo mismo. ¿Merece la pena agarrarse un disgusto por una mala nota o porque no sea de los líderes de su clase? Hace tiempo que los entendidos establecieron que, con independencia de otras variables también importantes, resulta ser el llamado “aprendizaje social” el que acaba por facilitar o dificultar el acceso e integración y desarrollo de los seres humanos. Y ese aprendizaje social (que no viene en los libros de autoayuda ni sale por internet) se va acumulando en nosotros a base de rodaje, de experiencias de interrelación con los otros, experiencias que por mucho que queramos no podemos ahorrar a nuestros hijos tales como la decepción, la frustración, el sentimiento de desarraigo o de ser minusvalorado o no tenido en cuenta (en clase, en el patio, en el equipo, en la pandilla...). Experiencias, por otra parte que, evidentemente cuando no se tiñen de dramatismo, fortalecen y, de alguna manera preparan, para afrontar nuevas vicisitudes.

Es absurdo creer que porque como padres nos empeñemos en controlar todas las variables que intervienen en la felicidad de nuestros hijos (algo sencillamente imposible porque a medida que van creciendo son más las “fuerzas” externas al hogar que las domésticas las que conforman su conducta y actitudes, lo vayamos a conseguir. Que debemos quererles absoluta e incondicionalmente, por supuesto (y en ello, va incluido contrariarles y no dar cancha amplia a todos y cualquiera de sus caprichos, apetencias o rechazos, explicándoles <si pueden entenderlo y si se dejan> el por qué de nuestras decisiones pero no esperando su conformidad para hacerlo. Y junto a ello, explicarles que, estadísticamente, al menos, es una frase bonita pero incierta lo de que “si quieres con fuerza algo, se cumple”. No siempre. No para todos. No sin coste. No ya.

Estamos a punto de coronar otro curso. Coronar de corona. De ponerle un broche final de mucho valor al año escolar que termina. ¡Ojalá que en todos los hogares, cuando éste concluya, se hubiera experimentado la sensación de que esa corona no iba destinada a hacer más soberbio al hijo sino que nos la hemos ceñido todos los de la casa porque todos hemos crecido en conocimiento y comprensión, paciencia y templanza.

Nuestra condición única, ésa que mencionábamos al principio, debe llevarnos a la ilusión (por deseo que no por percepción distorsionada) de que todo lo mejor esté por llegar. Porque en ellos están las respuestas a esas preguntas que nos hacemos y que, tantas veces, nos desasosiegan.

Bien puede ser tal esperanza la energía (¡renovable, nunca mejor dicho!) que nos repare y nos vivifique para acometer con la cabeza serena y el corazón pletórico cada próximo curso.,

¡Buen provecho!

<0><O><0>